

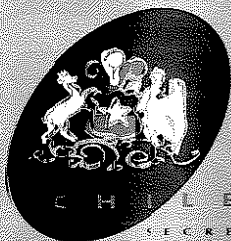


COMUNICACIONES Y GLOBALIZACION

DISCURSOS DEL SR. MINISTRO
SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO
DON JOSE JOAQUIN BRUNNER RIED

COMUNICACIONES Y GLOBALIZACION

13



CHILE
SECRETARIA DE
COMUNICACION
Y CULTURA
S E C C

MINISTERIO SECRETARIA
GENERAL DE GOBIERNO

SANTIAGO DE CHILE, MARZO DE 1997

SANTIAGO, MARZO DE 1997

EL FUTURO DE LAS COMUNICACIONES Y LOS CAMBIOS EN LA CULTURA

Intervención en el Seminario "Análisis Prospectivo del
Nuevo Siglo", organizado por la Academia Nacional de
Estudios Políticos y Estratégicos.

SANTIAGO, 28 DE NOVIEMBRE DE 1996



1. LA CIVILIZACION EMERGENTE

Vivimos en el umbral de un nuevo tipo de civilización, donde los conocimientos y las comunicaciones adquieren valor estratégico para el desarrollo económico de las naciones, la globalización de los mercados, la gestión de los asuntos públicos y privados, y para el desempeño, la movilidad y la prosperidad de los individuos.

Algunos rasgos de la civilización emergente que me interesa destacar son los siguientes.

Primero, la progresiva globalización de diversas esferas de la actividad humana. El espacio de la economía se reduce y las redes de intercambio cultural se multiplican, dando lugar a sistemas abiertos y crecientemente más interconectados.

Segundo, el rápido aumento de la velocidad de muchos de los procesos humanos, que ahora funcionan “en tiempo real”, bajo el predominio de la instantaneidad y la simultaneidad. El tiempo se comprime y se reorganiza



bajo la forma de eventos coetáneos, produciendo la sensación, en el límite, de que todo tiene lugar “aquí y ahora”.

Tercero, la compresión del espacio y la aceleración del tiempo vital hacen aparecer, a la superficie de la conciencia humana, por primera vez, el carácter sistémico de muchos fenómenos políticos, económicos y culturales. Empezamos a vivir en un medio ambiente que es predominantemente creado, artificial, manipulable.

Cuarto, lo anterior plantea con inusitada intensidad la cuestión de la relación del hombre con su hábitat natural. En la civilización global la evolución tecnológica produce una nueva y más compleja relación entre la cultura y la naturaleza. Aquélla se autonomiza; ésta se subordina al incesante desarrollo de las fuerzas productivo-tecnológicas. El medio ambiente se percibe, por primera vez, como un límite que puede ser traspasado y que, por eso, debe ser cuidado conscientemente.

Quinto, el poderío humano se desplaza desde el dominio de la Tierra y las máquinas al dominio de las claves de la propia evolución: la manipulación genética, por un lado, y la ingeniería de las conciencias, por el otro. En el umbral de la nueva civilización dos anhelos contradictorios alcanzan así su máxima expresión: el deseo de controlar el mundo natural hasta en los designios de la biología; y el deseo de preservar las virtudes de lo humano; un sentido moral de la vida, el cuidado por los

otros, la solidaridad frente al dolor, el respeto por lo sagrado.

Dentro de este cuadro de condiciones, la subsistencia colectiva exige, desde ya, un incremento generalizado de la reflexividad que guía los procesos sociales y un permanente aprendizaje para adaptarse a las nuevas situaciones. Supone, asimismo, el desarrollo de nuestras capacidades para “hacer sentido” de lo que sucede en el entorno y así poder asumir —sin quedar paralizados por el miedo y de maneras no-destructivas— las nuevas y mayores posibilidades que proporciona el ensanchamiento de la libertad.

2. LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Ahora bien. Desde el punto de vista de los componentes de conocimiento y comunicación que sustentan el orden cultural emergente, puede decirse que estamos en tránsito desde un estadio de saberes estables y escasos hacia un estadio de saberes en flujo y abundantes. Ya a comienzos de la década pasada se estimaba que la información globalmente disponible aumentaba en un 14% anual, mientras que el costo de archivarla, procesarla y transmitirla viene cayendo en un 20% cada año, durante las últimas cuatro décadas.

Efectivamente, estamos pasando desde una civilización de producciones industriales masivas, en torno al progreso de las “máquinas”, a una civilización de servicios



y aplicación de conocimientos, en torno al progreso de los “programas” de todo tipo. Es el desplazamiento del *hardware* hacia el *software*, de la ingeniería de productos al diseño de procesos, del énfasis en los recursos naturales al énfasis en los recursos simbólicos, del medio al mensaje, de la memoria humana al archivo informatizado, de la producción a la conversación, del orden jerárquico al orden de las redes, de la transmisión lenta a la rápida difusión de señales a la velocidad de la luz, del control burocrático externo al control interno de las esferas de libertad, de la regulación administrativa a la autorregulación social.

Como consecuencia, la economía mundial tenderá también a desplazar su centro dinámico de gravedad desde la industria de las cosas (automóviles, aeroespacial, de bienes duraderos de consumo) hacia la industria de las ideas y los mensajes (en general, “programas”), que incluye tanto las rutinas automatizadas para la producción de cosas como la producción de contenidos simbólicos, entretenimiento, información, diseños, modas, etc.

Además, al convertirse la información en un recurso crucial para la producción y la política, aquellas personas e instituciones que más directamente trabajan con ese recurso se transformarán en una parte cada vez más importante de las sociedades. Así, por ejemplo, quienes ejercen las funciones denominadas de “análisis simbólico” —planificadores de todo tipo, consultores de comunicación, asesores en acopio e interpretación de co-

nocimientos, estrategias simbólicas, etc.— pasarán a ser un sector clave en el mercado laboral.

También la dimensión organizativa de la sociedad está cambiando aceleradamente. Quizá *Internet* sea una de las expresiones más interesantes del modelo emergente. Por de pronto, está la inaudita rapidez de su expansión. Cada año, desde 1988, ha estado creciendo al doble de su tamaño. Se hallan conectados a esta red algo así como 60 millones de personas, según las estimaciones más recientes. Si continuara su actual tasa de crecimiento (cosa prácticamente imposible), en el año 2003 la cantidad total de usuarios de *Internet* excedería a la de la población mundial. Más importante, sin embargo, es otra cosa. Estriba en el hecho de que esta red globalizada representa tres características de una nueva arquitectura social que, con el tiempo, podría llegar a ser predominante a nivel global.

En primer lugar, se trata de un *sistema auto-organizado*. Nació y se ha desarrollado sin un centro motor, sin planificación centralizada ni cuenta con un control ejercido desde arriba. Es por lo mismo una arquitectura horizontal y desjerarquizada; todo lo contrario de los modelos burocráticos de organización a los que estamos acostumbrados.

En seguida, es una red *abierto* al que desee conectarse. Para participar no hay que pedir permisos especiales ni se requiere mostrar credenciales de ningún tipo. Ni na-



die está forzado a moverse en una dirección predeterminada una vez que ingresa a la red.

Por último, es una arquitectura *interactiva*. Al ingresar uno se pone en contacto; entra a una situación que se denomina "estar en red". Cada nuevo miembro aprovecha la totalidad del espacio comunicativo disponible. Mientras más personas ingresan, mayor es el valor de toda la red.

3. LA PARTICIPACION COMO BASE DE LA LIBERTAD

Lo cual nos lleva al tema de la participación. Quizá la novedad consista aquí en la importancia que hoy —y en el futuro— se otorgará a este tema.

En conexión con esto, tal vez la pregunta más acuciante consista en saber si la democracia —como la conocemos hoy— será capaz de generar una participación auténtica; entendida como autodominio, autorrealización y autoeducación. O si, por el contrario, ella sólo admite la participación bajo formas espúreas; es decir, como movilización impulsada desde fuera o como un mero estar envuelto o ser arrastrado por los acontecimientos.

En su sentido contemporáneo, la participación importa porque ella representa un contrapeso posible frente a la burocratización de los gobiernos y a los automatismos del mercado. Haría posible, asimismo, una mayor vitalidad de los sistemas políticos, aproximándolos a los

problemas de la gente. La participación es fundamental, además, si se desea transferir la iniciativa a la ciudadanía y contar con más ámbitos descentralizados de decisión.

Es un hecho, sin embargo, que en la mayoría de las democracias occidentales las formas tradicionales de participación política —a través de los partidos, los sindicatos y las agrupaciones de motivación religiosa— se hallan en franco retroceso y están siendo sustituidas por formas distintas de participación.¹ Aun en los Estados Unidos, cuna del asociacionismo civil, se habla de que la balanza estaría gravitando fuertemente contra el comunitarismo y hacia el individualismo; así, un autor advierte que desde 1950 en adelante la participación en asociaciones voluntarias ha venido cayendo en ese país.²

¿Ocurrirá lo mismo en los países en desarrollo?

Hay buenas razones para pensar lo contrario; esto es, que en el futuro los niveles de interés y atención en torno a la política tenderán a elevarse en nuestros países en vez de disminuir; sin que eso implique, necesariamente, aumentar los márgenes de participación partidista.³ ¿Por qué digo esto? Primero, porque los niveles educacionales y la información política de la población, los elementos cruciales para participar en la esfera pública, están creciendo velozmente. Segundo, porque las normas y costumbres que hasta hace poco excluían a la mujer de dicha esfera, negándole incluso el voto, están cam-



biando rápidamente ahora, lo cual resultará en que prácticamente la mitad de la población quedará en condiciones de participar. Tercero, porque se ha constatado que una vez que las personas dejan de estar centradas exclusivamente en la lucha por la sobrevivencia económica, ellas empiezan a orientarse hacia ciertos valores llamados a veces “pos-materialistas”, entre los cuales la política ocupa un lugar preeminente.

Pero la participación no se agota en la esfera pública de la política. Tal vez los fenómenos más interesantes en relación a ella se sitúen, justamente, más allá de la política.

Primero que todo, surgen nuevas formas de participación que tienen por base el mercado. Por eso, mientras no se asuma que las prácticas de consumo son, vitalmente, modos de hacerse parte de la sociedad —una manera, en realidad, de hablar su lenguaje— no será posible abordar adecuadamente los nuevos fenómenos de la participación social. De hecho, una parte creciente de la existencia de las personas y de su tiempo libre está vinculada a la esfera del consumo. Como dice una antropóloga británica, es por el consumo que participamos en la cultura material de nuestra época y que nos introducimos en el mundo de su representación simbólica.⁴ Es por eso que, además de satisfacer necesidades, el consumo constituye hoy una escenificación de la sociabilidad, una manera de vivir la vida en común. De allí que sea en torno a la experiencia del consumo que

en el futuro se articularán nuevas formas asociativas; tal como ya existen los grupos de defensa del consumidor, o los que buscan proteger derechos ciudadanos en términos de consumos no destructivos del medio ambiente, o los que se forman para ejercer presión a distancia sobre regímenes que explotan la fuerza laboral de los niños, o aquéllos que intervienen en el mercado de la programación televisiva para rechazar programas violentistas, etc.

En seguida, los análisis tradicionales suelen pasar por alto, también, la participación en el mundo de los mensajes transmitidos por la industria de las comunicaciones. ¿Cómo eludir el hecho, sin embargo, que esa forma de participación hace parte del vínculo social contemporáneo? ¿Qué es el universo creado por la televisión, por ejemplo, sino un poderoso sistema de imágenes colectivas en que participamos como condición para ser parte de las conversaciones y los movimientos de opinión de nuestra época? Un ininterrumpido flujo de imágenes provenientes de la televisión nos rodea casi como una segunda atmósfera. Mal que le pese a algunos, el público masivo encuentra ahí no sólo esparcimiento sino, además, un motivo de autoeducación, una fuente de información, una visión de mundo y una manera de compartir señales y símbolos con los demás miembros de su comunidad.⁵

Por último, la propia información constituye hoy una clave de la participación. De hecho, diversos sistemas



—como la democracia, los mercados y la comunicación masiva— dependen de ese factor esencial: de la información que fluye a través de las infinitas redes de mensajes que componen a una sociedad.

Un requisito esencial para el funcionamiento de esos sistemas es que las personas dispongan de la información necesaria para participar en ellos. Suponen, por tanto, una población educada, con niveles crecientes de capacidad para aprovechar la información disponible. En cambio, el rostro contemporáneo de la desigualdad es una educación insuficiente o de baja calidad, pues lleva a la concentración de la información y el conocimiento en pocas manos.

Mas no basta con informar a la población. Es esencial, igualmente, poner a las personas en condiciones de expresarse y de comunicar sus intereses y experiencias. A fin de cuentas, en eso consiste la participación; en la posibilidad de que la gente forme, por medio de la interacción, comunidades de vida, de trabajo y de cultura.

Para construir una sociedad abierta es imprescindible una comunidad activa; esto es, una comunidad cuyos miembros cuenten con oportunidades de participación y donde los recursos de información y acción se hallen distribuidos más o menos equitativamente. En cambio, una sociedad civil débil, sin participación y con fuertes

desigualdades estará siempre expuesta a la apatía, al descontento, incluso a la violencia.

Nuestra propia sociedad, en cambio, posee aún fuertes rasgos tradicionales, que dificultan el uso y la ampliación de esos espacios naturalmente llamados a conformarse por la participación. Cierta autoritarismo, el burocratismo, el estatismo y el centralismo tienen entre nosotros raíces profundas; y son como un lastre que frena y limita la iniciativa y la participación de las personas y los grupos más creativos y comprometidos con la innovación social.

4. TRANSFORMACIONES CULTURALES

De allí que los cambios en curso a nivel global tendrán que producir también transformaciones culturales que no siempre serán aceptadas con comodidad.

En primer lugar, el individuo pasará a constituirse en el futuro como miembro de variados públicos y como integrante de redes de diverso tipo.

En tanto público, coparticipará en un “mercado de mensajes” que marcha aceleradamente hacia la segmentación. Las personas pertenecerán, ante todo, a determinados estamentos o comunidades definidos en torno a pautas de consumo, estilos de vida, preferencias estéticas, grados y densidad de su formación educacional, in-



cluso, por sus valores, creencias, sintonía mutua o común participación en ondas, modas o atributos todavía más efímeros.

En tanto que miembro de redes, el individuo se introducirá (activa o pasivamente) en un mundo de conversaciones y prácticas, participando dentro de variados universos de intercambio simbólico.

La propia noción de una cultura jerárquica, construida desde lo alto, tenderá a cambiar dramáticamente. Es un hecho que gran parte de las nuevas dinámicas culturales y la mayor porción de su base económica se constituyen más del lado del mercado que del Estado; más desde la esfera privada que desde la esfera pública; más en función de redes descentralizadas que de iniciativas centralizadas; más desde abajo que desde arriba; más en un marco globalizado que dentro de las fronteras nacionales. Todo esto choca con el modelo tradicional de una comunicación organizada en torno a las expresiones del soberano y la soberanía, trátese de los monarcas o, más adelante, del Estado.

En segundo lugar, se producirá un ensanchamiento de las oportunidades y opciones de participación y consumo simbólico, que conlleva el ocaso de las audiencias masivas y de los patrones de estandarización industrial de los mensajes. Al aumentar las ofertas, aumentarán también las posibilidades de dirigirlos más focalizadamente a una diversidad de públicos, como ya

ocurre en el caso de la televisión por cable. Los intereses humanos —tendencialmente infinitos— adquirirán una expresión hasta ahora desconocida, lo que aumentará en la superficie de las sociedades y en la profundidad de las conciencias la necesidad del pluralismo cultural.

En tercer lugar, la cuestión de la identidad personal y social tendrá que ser abordada bajo nuevas formas. Existirá, probablemente, un doble movimiento. Por un lado, hacia la afirmación defensiva de los “núcleos duros” o tradicionales de identidad que se sienten amenazados por el pluralismo ambiente, como ocurre por ejemplo con las reacciones “fundamentalistas” tanto a nivel individual como societal. Por el otro, hacia la construcción de “identidades elegidas”, como hacen ya ciertos jóvenes cuando se apropian de modas, de estilos musicales, o se identifican con causas locales, con subculturas, con idiomas expresivos, etc. Se incrementarán los “elementos electivos” de identidad en todos los aspectos, desde la relación de pareja hasta la participación en estamentos de consumo, produciéndose por doquier procesos de hibridación, de entrecruzamiento, de flujo, de demarcaciones comunitarias, de adscripciones movibles, de apuesta a proyectos, de rotación de compromisos, de movilidad ocupacional, etc.

En cuarto lugar, y en un plano más general —de etnia, nación y Estado— el que viene será un período de globalización cultural y de “luchas en torno a la identidad” de los diversos conglomerados sociales. Aquí es



donde se plantea con fuerza uno de los dilemas cruciales de la globalización: de qué forma establecer las relaciones de oposición y vecindad entre las diversas culturas y cómo se desarrolla, dentro de ellas, un grado cada vez más avanzado de multiculturalismo.

El contacto entre diversas culturas ha sido, desde antiguo, un motor del cambio y de la difusión de novedades e innovaciones. Ninguna cultura ha existido, jamás, en el encierro total, pudiendo librarse de toda contaminación foránea. En adelante, sin embargo, esos fenómenos de interconexión y, por ende, de “contaminación” de unas culturas por otras alcanzarán proporciones desconocidas hasta el presente. Las aldeas más apartadas estarán en condiciones de comunicarse entre sí y con el resto del mundo a través del tráfico de los satélites. El comercio de símbolos será muchas veces mayor que el intercambio de productos. Las convenciones tarifarias y aduaneras que rigen para estos últimos no podrán aplicarse a aquel otro comercio, mil veces más veloz, liviano y sutil.

La comunicación del futuro —como muestran desde ya *Internet* o la televisión satelital y de cable— no podrá sujetarse fácilmente al control centralizado de los agentes del Estado. La regulación pública desplazará su centro, cada vez más, hacia la autorregulación privada. Las normas administrativas de control y tráfico de señales deberán ser sustituidas, progresivamente, por códigos éticos internalizados en el punto de producción, de transmisión y de recepción.

Los antiguos mecanismos de control —sobre la propiedad de los medios, el espectro radioeléctrico y los contenidos transmitidos— parecerán de pronto tan obsoletos como lo fue, hace un par de siglos atrás, la censura sobre las publicaciones. Tendremos que habituarnos a un mundo de canales ilimitados para transmitir, de multimedios, de infinitas ofertas, de contenidos que circulan globalmente, de públicos fragmentados y conscientes de sus derechos, de personas que se convierten en emisores por su cuenta y riesgo y crean, por propia iniciativa, redes de información y conversación.

Las fronteras territoriales, en particular, serán sobrepasadas continuamente por esos fenómenos de intercomunicación global. Por grande que sea la imaginación de los burócratas locales para establecer reglas y barreras, ella siempre será inferior a la capacidad de miles y millones de individuos dispuestos a usar discrecionalmente las nuevas tecnologías de elaboración y transmisión de mensajes. Así, por ejemplo, ha llamado la atención que los guerrilleros de Chiapas aprovecharon a su favor *Internet*; que las autoridades alemanas han tenido dificultades para controlar los mensajes que ingresan al país por vía de los servicios electrónicos comerciales, y que ni China ni Singapur han podido erigir un muro contra la información foránea y los valores occidentales.



5. LAS NUEVAS DESIGUALDADES

Concluyo esta parte señalando lo siguiente: que nadie debe imaginar, pues sería una ilusión, que la nueva civilización del conocimiento y las comunicaciones será, por sí sola, la base de un orden mundial más equitativo en cuanto a la distribución de sus elementos esenciales. Por el contrario, la estructura de la emergente "aldea global" está marcada por profundas desigualdades.

Así, por ejemplo, mientras en el mundo hay todavía cerca de 900 millones de analfabetos, casi todos habitantes de la parte subdesarrollada del mundo, los países industrialmente avanzados, en cambio, gastan cinco veces más en educación que los países en vías de desarrollo, y cerca de 20 veces más por alumno, considerando todos los niveles desde el preescolar hasta el terciario.

Mientras los países desarrollados reúnen el 85% de los científicos e ingenieros que trabajan en investigación y desarrollo, y gastan el 96% del total mundial destinado a esas actividades, los países en vías de desarrollo sólo cuentan con un 15% del personal de investigación y concurren con un magro 4% al gasto global invertido en tales actividades. No puede sorprender, por lo mismo, que el 95% de las publicaciones científicas internacionalmente registradas se origine en los países industriales.

Adicionalmente, el mundo desarrollado, con un 23% de la población mundial, produce cerca de un 75% de los libros editados cada año. El mundo subdesarrollado, con un 77% de la población, produce el 25% restante.

En los países industrializados circulan 279 diarios por cada 1.000 habitantes; seis veces más que en el promedio de los demás países del mundo. En aquéllos hay entre 50 y 75 teléfonos por cada 100 habitantes; en Uganda, Tanzania y Haití tal proporción es de uno o menos; en Perú de tres y en Chile de trece. Sólo seis países concentran más de tres cuartas partes del negocio mundial de las telecomunicaciones. Y apenas cuatro de ellos controlan también tres cuartas partes de las tecnologías y la producción industrial del sector. Algo similar ocurre a nivel de usuarios. Mientras en los países industrializados el promedio de televisores y radorreceptores es de 54 y 113 por cada 100 habitantes, respectivamente, en los países en desarrollo las cifras correspondientes apenas alcanzan a 6 y 18.

En suma, la estructura global del conocimiento y las comunicaciones tiende a repetir los mismos patrones de la distribución de la riqueza y el poder a nivel mundial. Los principales flujos de información y tecnologías se originan en el centro y se expanden desigualmente hacia la periferia. El resultado, según expresa un analista de los medios de comunicación, es que *"la mayoría de las narraciones que hoy escuchamos no las relatan ni los padres, ni*



las escuelas, ni la iglesia, y en muchos lugares tampoco el país natal o [siquiera] los Estados Unidos, sino un puñado de conglomerados transnacionales que tienen algo que vender por televisión".⁶

La globalización es un hecho mundial, ciertamente. Mas sus efectos, a nivel psicológico individual y social, no son, en ningún caso, tranquilizadores.

6. LAS CONDICIONES SUBJETIVAS DE INSEGURIDAD

De hecho, y con esto termino mi presentación, es probable que como nunca antes, las personas se sientan hoy amenazadas por el cambio y experimenten temor frente al futuro.

Los miedos de hoy, me atrevo a decir, son aquéllos propios de la alta modernidad. Tienen que ver, ante todo, con la sensación de riesgo e incertidumbre que generan nuestros complejos sistemas expertos, globales y altamente sofisticados. Son, al decir de un sociólogo británico, "*incertidumbres manufacturadas*"⁷; fabricadas por el hombre.

Nuestra percepción de riesgo nace de la propia capacidad de intervención humana en la sociedad y la naturaleza. Viene del conocimiento y las máquinas. De la interdependencia e intercomunicación. Son incertidumbres nuevas, de mayor alcance y más profundas. Como el miedo al holocausto nuclear, o a quedar un día sin

atmósfera que respirar, o al narcotráfico, o a la violencia irracional, o a la intolerancia racial, o a las oscilaciones de la economía internacional con sus efectos sobre el empleo y el bienestar.

Paradójicamente, el conocimiento y la técnica parecen habernos vuelto más inseguros; no menos.

Sabemos, por ejemplo, que las ciudades continuarán creciendo, que los suburbios urbanos tendrán más habitantes, y que los desplazamientos masivos dentro y entre países tenderán a aumentar. Cada año la población mundial crece en un Bangladesh: 112 millones de personas. También eso produce temor e inseguridad: a la "llegada de los bárbaros", a la violencia en las calles, a una competencia a muerte por los puestos de trabajo. De aquí al año 2025, sólo en los países en desarrollo existirá la necesidad de crear cada año 40 millones de nuevos empleos.⁸ ¿Qué ocurrirá si no somos capaces de lograrlo?

Otra fuente de malestar se alimenta de los cambios que experimentan las estructuras soportantes de la vida personal, en particular la familia y la comunidad. La desintegración de esas estructuras para dar paso a relaciones mucho más abstractas, voluntarias, de tipo contractual, crea unas sociedades frágiles, angustiadas por la soledad, asustadas frente a la vejez y la muerte, inhóspitas y frías. Nos preguntamos cómo podrá florecer la intimidad personal, o si estaremos condenados a pagar con una



creciente represión afectiva los beneficios materiales de nuestra civilización.

El mero hecho del cambio permanente, su velocidad y los muchos planos vitales que afecta simultáneamente contribuyen también a extender la inquietud y aumentan la sensación de incertidumbre. Lo que era real ayer, ya no lo es mañana. Los imperios desaparecen. Las noticias se transmiten, literalmente, a la velocidad de la luz. Los ídolos se evaporan antes siquiera de que hayamos alcanzado a identificarlos. Todo lo que parecía sólido se esfuma en el aire. El individuo no tiene ya a qué aferrarse. Incluso, hay quienes sostienen que la modernidad nos ha conducido a una velocidad de liberación tal que correríamos el riesgo de salirnos de la esfera referencial de lo real y de la historia.⁹

En suma, la inquietud y la angustia son como una sombra que proyecta la cultura en que vivimos. Los días y años que vienen por delante no aminorarán ese sentimiento. Sólo una lúcida reflexión sobre el futuro nos evitará caer en la desesperación y el error; aquél que nos lleva a confundir lo nuevo con lo necesariamente bueno y positivo o nos conduce a pensar, por el contrario, que “todo tiempo pasado fue mejor”. La historia es más rica, difícil y compleja que una u otra afirmación y, lo más seguro, es que abra su camino por donde menos imaginamos.

Notas

¹ Véase Inglehart, Ronald (1990), *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey; especialmente cap. 10, “From Elite-Directed to Elite-Directing Politics: the Role of Cognitive Mobilization, Changing Gender Roles, and Changing Values”.

² Véase Fukuyama, Francis (1995), *Trust. The Social Virtues & the Creation of Prosperity*. The Free Press, New York, pp. 308-309.

³ Véase Inglehart, Ronald (1990), *op.cit.*, cap. 10.

⁴ Véase Douglas, Mary & Baron Isherwood (1978), *The World of Goods. Towards an Anthropology of Consumption*. Penguin Books, Harmondsworth, Middlesex, England.

⁵ Véase Brunner, José Joaquín y Catalán, Carlos (1995), *Televisión: Libertad, Mercado y Moral*. Editorial Andes, Santiago de Chile, especialmente cap. 1, “Centralidad de la Televisión”.

⁶ Gerbner, George, *Cultura Pop: Imágenes y Temas*; Revista Facetas, N° 39, 1993, p. 60.

⁷ Giddens, Anthony, *Beyond Left and Right. The Future of Radical Politics*. Stanford University Press, Stanford, 1994.

⁸ Kennedy, Paul, *Preparing for the Twenty-First Century*. Random House, New York, 1993.

⁹ Baudrillard, Jean, *La Ilusión del Fin. La Huelga de los Acontecimientos*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1993, p. 9.